

impenetrable. Su concepción inmaculada es un misterio, su virginidad purísima es un misterio, la abundancia de gracia es en Ella un misterio, y su dignidad eminente de Madre de Dios es un misterio. Así, pues, concluye San Amadeo, el dolor de su corazón al pie de la cruz es también un misterio inexplicable é incomprendible (1). San Bernardino de Sena va todavía más lejos, pues asegura que ninguna inteligencia humana ni aun angélica ha podido jamás comprender ni explicar la violencia de la pasión de María; pero que, como Ella la dividió con Jesucristo, Jesucristo es el único que la comprendió, y que así como sola la Madre penetró, en cuanto era posible á una criatura, los padecimientos de su Hijo, así también este mismo Hijo es el único que comprendió los padecimientos de su Madre y conoció toda su intensidad (2).

Procuraremos, sin embargo, formar una idea de la grandeza de su amor, porque su dolor en la pasión de Jesús fué proporcionado á su amor á Jesús, y la vehemencia de este amor fué, dice el mismo Padre, la materia que sirvió de pábulo á sus sufrimientos (3). Si pues, el amor fué la medida de su dolor, examinemos, como dice Cornelio à Lapide, cuánto fué lo que Ella

(1) Effugit omnem sensum, humanos intellectus exsuperat concepta de passione Nati tristia. (*S. Amad.*)

(2) Tanto dolore compasa est Virgo, ut inexplicabile sit linguæ angelicæ; et solus Jesus dicere potuerit, qui solus potuit maternos penetrare dolores. (*S. Bernard. Senen.*)

(3) Quo magis diligebat, plus doluit, et magnitudo amoris attulit fomenta passionis. (*S. Bernard. Senen.*)

amó, á fin de poder deducir cuánto fué lo que sufrió (1).

Es cierto en primer lugar que la sensibilidad y el afecto está en la mujer en proporción de la delicadeza de su complexión y de la pureza de su corazón; esta es la razón por qué las personas delicadas, las mujeres puras, y sobre todo las vírgenes, tienen un temple de alma de una sensibilidad y de una amabilidad exquisita; ellas aman con un ardor vehemente y una ternura indecible. Y bien, jamás hubo complexión alguna más delicada, más graciosa ni más noble que la de María, la criatura más perfecta de todas las que, exceptuando la humanidad santísima de Jesucristo, han salido de la mano creadora de Dios, en quien la delicadeza de las facciones, la perfección de las formas y la excelencia de los órganos, lo mismo que la dulzura exquisita de sus sentimientos, no sólo no fueron alteradas por el pecado original, sino que fueron embellecidas y perfeccionadas por los atractivos de la gracia y por toda la riqueza de los dones celestiales, de que fué colmada por la mano de Dios desde el momento de su concepción. ¡Qué pureza, pues, qué candor, qué belleza podría igualar á la suya, que eclipsa con su esplendor la pureza misma de los ángeles, y que atrae sobre sí las miradas y las complacencias de Dios (2)! ¡Espejo purísimo de la integridad virginal, que ningún aliento pro-

(1) Ut scias quantus fuerit dolor, cogita quantus fuerit amor. (*Corn. à Lap.*)

(2) Virginate placuit. (*Corn. à Lap.*)

fano empañó jamás (1)! ¡Carne inmaculada, siempre bella, siempre pura (2)! ¡Vos sois la que con vuestro candor agradasteis de tal modo al Verbo eterno, que quiso arraigarse en Vos y vestirse en Vos de una forma humana (3)! ¡Paloma de Dios, amiga de Dios, hermosa de Dios, lirio purísimo de los valles misteriosos (4)! Vos sois la que hicisteis germinar en vuestro seno la flor de Nazaret que se recrea entre los lirios de vuestra virginal pureza (5); y que cuando le concebisteis, os hizo en cierto modo más pura, más cándida y más virgen que os encontró. Por consiguiente, si jamás hubo una virgen más pura ni más bella que María, jamás hubo tampoco un corazón más dulce, un alma más tierna, más sensible, más afectuosa ni más amante que la suya. Y si Ella fué la más perfecta de todas las vírgenes, también fué la más abrasada de amor, y por lo mismo fué, dice San Lorenzo Justiniano, la más desolada y la más afligida de todas las madres (6).

Además, María había concebido sin concurso alguno humano, y habiendo suministrado su sangre purísima la materia de que el Espíritu Santo formó la humani-

(1) Speculum sine macula. (*Sap.*, vii, 26.)

(2) Tota pulchra est. (*Cant.*, iv, 7.)

(3) In utero radices egit. (*Tertul.*)

(4) Amica mea, columba mea, formosa mea, liliu[m] convalium. *Cant.*, ii, 1, 10.)

(5) Qui pascitur inter lilia. (*Cant.*, ii, 16.)

(6) Quanto dilexit tenerius, tanto vulnerata est profundius. (*S. Laurent. Justin.*)

dad santa de Jesucristo, la carne de Jesucristo es la misma carne de María (1). Por esta razón María, como dice Cornelio à Lapide, fué más Madre de Jesucristo que las otras madres lo son de sus hijos. María fué en cierto modo su Padre y su Madre á un tiempo mismo, supuesto que el Verbo eterno recibió de Ella sola la substancia que los demás hijos reciben de su padre y de su madre (2). María, por consiguiente, añade el mismo autor, ama mucho más á Jesucristo que las madres más tiernas han amado y amarán á sus hijos; el amor que para los otros hijos se encuentra dividido entre el padre y la madre, se encuentra unido en María; y así como Ella desempeñó para con Jesucristo el ministerio de Padre y de Madre, Ella tiene también respecto á El el amor de Padre y de Madre (3). Considerad también, dice San Amadeo, que las otras madres conciben sin saber el sexo ni las cualidades futuras de sus hijos. Ellas conciben sin reflexión y como por casualidad; ellas se ven obligadas á decir lo que la madre de los Macabeos decía á sus hijos: «Yo no sé de qué manera aparecisteis en mi seno; vosotros fuisteis forma-

(1) Caro Christi, caro Mariæ. (*S. Laurent. Justin.*)

(2) Beata Virgo magis fuit parens Christi quam sint aliæ matres suorum filiorum; nam ipsa in solidum fuit pater et mater Christi, quia ab ea Christus accepit omnem suam substantiam, quam alii non a sola matre, quam patris sed etiam a patre accipiunt. (*A Lap. in Luc.*)

(3) Consequenter amor inter Christum et Matrem longe major fuit, quam sit inter alias matres et filios; adeoque amor qui intra patrem et matrem dividitur, in Virgine unitus et collectus fuit, quia ipsa tan matris vices subivit. (*A Lap.*)

dos en él sin que yo lo supiese ó tuviese conocimiento alguno de ello (1).» María, por el contrario, antes de concebir en su seno purísimo al Verbo eterno de Dios, supo por el ángel quién era el que iba á concebir, es decir, el Hijo unigénito del Padre, el mismo Hijo de Dios, y sobre esto le pidió su consentimiento. Por consiguiente, este fué un Hijo á quien Ella había conocido, á quien había querido y á quien había elegido antes de verle, y por lo mismo lo amaba más que todas las madres aman á sus hijos (2). Si, pues, no hubo jamás hijo alguno concebido del modo que lo fué Jesucristo, prosigue San Lorenzo Justiniano, si jamás hubo una madre que engendrarse de la manera que María, jamás hubo tampoco un amor más grande ni un dolor más intenso (3). San Buenaventura dice en términos más lacónicos: «Así como jamás hubo en el mundo un Hijo más amado, así tampoco hubo jamás un dolor agudo, más vivo ni más amargo (4).»

De ahí nace la especie de dificultad en que se encuentran los Padres cuando buscan palabras propias para expresar los padecimientos de María. Santo Tomás, con su precisión teológica, se contenta con decir

(1) Nescio qualiter in utero meo apparuistis. (II Mach., VII, 22.)

(2) Quæ enim mater dilexit filium suum ut ista? Non enim fortuito concepit, ut ceteræ mulieres. Sed Unicus Patris pia electione et gratuita bonitate matris visceribus influxit. In hoc est unde magis diligebat. (S. Amad.)

(3) Non fuit talis filius; non fuit talis mater; non fuit tanta charitas; non fuit dolor tantus. (S. Laurent. Justin.)

(4) Nullus dolor amarior, quia nulla proles charior. (S. Buenaventura.)

que los dolores de María fueron superiores á todos los que pueden experimentarse en esta vida (1). Pensamiento profundo en su aparente sencillez; es, en efecto, como si hubiera dicho que, así como María recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que una simple criatura puede recibir en esta vida, así también sufrió todo lo que una simple criatura es capaz de sufrir en este mundo.

Esta es también la opinión de San Amadeo, que afirma que, así como la santidad reunida de todos los hombres virtuosos no igualaría á la santidad sola de María, así también todos los dolores y todos los padecimientos reunidos de todos los hombres afligidos y desconsolados no igualarian á su dolorosa pasión (2).

Finalmente, de todo lo dicho deduce San Bernardino de Sena una consecuencia que á primera vista puede parecer una piadosa exageración, pero que en el fondo es de una rigurosa verdad, refiriéndola á la inmensidad de los dolores del Hijo, y á la inmensidad del amor que hace á su Madre partícipe de ellos; dice, pues, que si los dolores que María sufrió en el Calvario se repartiesen entre todas las criaturas sensibles, ninguna podría sostener una sola porción de ellos sin morir (3).

(1) Dolor Virginis fuit maximus inter dolores presentis vitæ. (S. Thom. Aquin.)

(2) Omnes dolores mundi si essent simul conjuncti, non essent tanti, quantus dolor gloriosæ Mariæ. (S. Amad.)

(3) Tantus fuit dolor Virginis, ut si inter omnes creaturas quæ pati dolorem possunt, dividerentur, omnes subito interirent. (S. Bernard. Senen.)

Y si este mar de amargura, encerrado en su tierno corazón, le dejó la vida, siendo así que, dividido entre todas las criaturas, sería más que suficiente para causarles la muerte en el acto, esto no sucedió ni pudo suceder sin un grande y estupendo milagro. La pasión de María fué toda interior; Ella fué del carácter y de la naturaleza de la que puso á Jesús en agonía y le hizo sudar sangre en el huerto de las Olivas. Aquel espíritu de fuerza sobrenatural que sostuvo la vida del Hijo y le hizo no sucumbir bajo el peso de su profunda tristeza, capaz por sí sola de dar la muerte (1); aquel mismo espíritu conserva la vida á María en el Calvario y le libra de sucumbir bajo el peso de sus mortales angustias. Y ¡cosa admirable! el mismo Dios por quien Ella sufre, la sostiene en su dolor; por El sufre Ella sus tormentos, y en sus tormentos no vive más que por El (2).

Mas no debemos admirarnos del rigor inaudito é incomprendible de los tormentos que Jesucristo y su Madre Santísima sufrieron en el Calvario, si consideramos la malicia inaudita é incomprendible de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Lo mismo en sus cuerpos que en sus almas, todo obedecía á la concupiscencia; por consiguiente, en el alma y en el cuerpo de Jesucristo y de su Madre todo debía ser inmolado á la ca-

(1) Tristis est anima mea usque ad mortem. (*Matth.*, xxvi, 38.)

(2) Non crediderim Dominam te potuisse stimulos tantos, cruciatus, quin vitam amitteres, sustinere, nisi ipse spiritus Filii tui te confortaret. (*S. Bernardin. Senen.*)

ridad. En aquéllos fué todo sensualidad de la carne y perversidad del corazón; en éstos todo debía ser un tormento terrible para el alma y para el cuerpo. En aquéllos el desorden del pecado fué inmenso; en éstos la pena debía ser inmensa, lo mismo que la satisfacción que dieron por la culpa. Y así como Eva, por su infidelidad, se hizo en Adán y con Adán la reina de los apóstatas, así también María, por el rigor de sus padecimientos, se hizo en Jesucristo y con Jesucristo la Reina de los mártires (1). Es necesario ver también con cuánta razón y justicia conviene este título á María por todo lo que sufrió por nosotros en el Calvario.

La Escritura dice del antiguo Salomón que, después de haberse sentado en su trono, hizo colocar otro junto al suyo, é hizo sentar en él á su derecha á Betsabé, su madre (2). Esta es una figura de lo que el verdadero Salomón, el Rey pacífico, hizo en el Gólgota. La cruz es, según la profecía de David, el trono verdadero, desde el que principió Jesucristo á conquistar al mundo y á reinar en él (3). Las espinas son su corona, los clavos su cetro, la sangre de que está cubierto su cuerpo, que es todo una pura llaga, la vestidura y el manto real que le sirven de adorno. Tales son las extrañas insignias de soberanía que recibió de la pérfida Sinagoga, su madre desnaturalizada, en medio de las igno-

(1) Regina Martyrum. (*Letan. Lauretan.*)

(2) Et sedit supra thronum suum; positusque et thronus matris regis, quæ sedit ad dexteram ejus. (*III Reg.*, II, 19.)

(3) Regnavit à ligno Deus.

minias y de los tormentos; estas son, sin embargo, las insignias de su verdadera Majestad, de su verdadera gloria y de su verdadera grandeza, y el día en que se adornó con ellas fué tan precioso para su corazón como penoso para su carne santísima. Este es el día por el que suspiró su tierno corazón con una impaciencia indecible; este día es para El de una alegría indecible, porque en él celebra sus nupcias misteriosas con la Iglesia. Tales son, al menos, las palabras con que se habla de él en el *Libro de los Cantares* (1). Mas en un día tan solemne y tan glorioso para El no quiso sentarse sin su Madre en el trono de sus tribulaciones. El quiso que Ella fuese colocada también á su derecha y que dividiese con El su honor y su dolor.

¡Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fe, que son los únicos que pueden apreciarlo! ¡Adán y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les había dado sobre todos los seres, y Jesucristo y María reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adán y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesús y María, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debía como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. ¡Gloria adquirida por la ignominia! ¡Grandeza, fruto de dolor! El Rey de

(1) Egredimini et videte, filiæ Sion, regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua, in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus. (*Cant.*, III, 11.)

los mártires hace reflejar también sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa majestad, colocada en el exceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con El (1). Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazón de su Hijo se comunica al alma de María, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos y de sus angustias (2).

(1) Positus est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus. (*III Reg.* II, 19.)

(2) Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate. (*Psalm.* XLIV, 10.)